

Eulalia Solé y José Francisco Alonso, intérpretes del ciclo

Integral de sonatas de Schubert

Eulalia Solé y José Francisco Alonso son los intérpretes de la serie musical dedicada a la integral de sonatas de Schubert. El ciclo se desarrolla en el Auditorio Municipal de la ciudad en las tardes de lunes de noviembre-diciembre, y ha sido organizado con la ayuda técnica de la Fundación Juan March.

LA GENIALIDAD DE LO INFORMAL

SCHUBERT quería ser como Beethoven, el compositor al que más admiraba. Nunca —afortunadamente, podría decirse— lo consiguió a pesar de sus esfuerzos y de su afán de imitación que le conducía a seguir las pautas clásicas que había seguido —y que había potenciado hasta extremos indescibles mediante la aplicación de una dialéctica de gran originalidad— el alemán. En este sentido, qué duda cabe de que ambos creadores eran eminentemente clasicistas, como lo fueron Hummel o Weber, situados asimismo en la frontera que demarcaba ya, a principios del XIX, el romanticismo. Pero Schubert, a diferencia de Beethoven, no buscó —¿no supo? ¿no quiso?— unos planteamientos formales distintos, algo que en su antecesor era norma determinante de una interna revolución, sino que, sobre ellos, edificó una configuración temática diversa, un juego de relaciones armónicas y una concepción del tempo totalmente extraña no ya a las reglas clásicas, sino también a los descubrimientos más rompedores del romanticismo en sazón. No hay en el vienés, en

efecto, esos contrastes temáticos, esas luchas y tensiones dramáticas propios del maduro Beethoven, sino una continua e implacable evolución musical, de la que emanan un esencial lirismo y una profunda efusión. Frente al *pathos*, a veces violento, del compositor de Bonn, intimismo y sentimiento menos dramático y agresivo, pero no menos intenso. Cualidades que se encuentran permanentemente en la producción *liederística* schubertiana, tan emparentada con la pianística —o con cualquier otra salida de su pluma— y que hacen que, por lo general, su escritura para el instrumento de tecla no atienda primordialmente a lo que se entiende por virtuosismo en su acepción más conectada con la mecánica, sino que sea puro reflejo de un pensamiento musical, y que huya del adorno, de la apoyatura superflua, de la descripción brillante. En definitiva, y por lo que respecta concretamente a la forma sonata, nuestro autor no intenta renovar su arquitectura; mantiene, por ejemplo, las estructuras típicas: ordenación tradicional sonatística, rondó, variaciones, lied, scherzo, trío... y

maneja la clásica disposición en tres o cuatro movimientos. Pero penetra en los más profundos repliegues del misterio romántico cuando, de la mano de su vena melódica única, hace que la música crezca, evolucione, varíe sobre sí misma, se repita e imite, se transforme hasta el infinito a través de continuas y geniales modulaciones. La armonía schubertiana explora hasta sus últimos límites el territorio de una tonalidad ya bastante ampliada, rozando prácticamente el de la atonalidad. Esta armonía sorprendente es, como dice Harry Halbreich, «a la vez audazmente funcional, sutilmente impresionista y profundamente psicológica».

